

MORENO LUZÓN, Javier, *El rey patriota.
Alfonso XIII y la nación*

Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2022, 592 pp.

Jorge Pérez Alonso

Cátedra Martínez Marina de Historia Constitucional, Universidad de Oviedo,
España

jpa6677@icaoviedo.es

<https://orcid.org/0000-0001-9455-1599>

Cómo citar esta reseña: PÉREZ ALONSO, Jorge (2023). Moreno Luzón, Javier, *El rey patriota. Alfonso XIII y la nación*. *Pasado y Memoria* (27), pp. 275-280, <https://doi.org/10.14198/pasado.24846>

I

En 1966 se estrenó el film *Las últimas horas*. Dirigido por Santos Alcocer, contaba tanto jóvenes promesas del cine español (Sancho Gracia, María José Alfonso, Jorge Vico y un fugaz Jaime Blanch), con viejos galanes de los años cuarenta (Alfredo Mayo). La cinta sitúa al espectador entre el 12 y 14 de abril de 1931, en plena cadena de acontecimientos que condujeron al exilio a Alfonso XIII (Ángel Picazo, con un extraordinario parecido físico al monarca). La película tiene enorme interés por las circunstancias históricas y sociales en las que se rodó, y no es casualidad que se estrenase en unos momentos donde se preparaba al pueblo español ante la designación de Juan Carlos de Borbón como sucesor de Franco a título de rey.

Cabe preguntarse los motivos por los que un monarca, cuyo reinado dio comienzo con unos excelentes auspicios, hubo de exiliarse tras unos simples comicios municipales. Las respuestas han sido varias, como varias han sido las perspectivas y las valoraciones que ha merecido tanto el reinado como la figura de Alfonso XIII.

Carlos Seco Serrano sostuvo que la Restauración gozó durante años de mala prensa al convergir en ella una doble crítica. Por un lado, la regeneracionista, centrada en la «*oligarquía y caciquismo*» y el continuo falseamiento electoral. Por otro, el franquismo que cargó las tintas en el aspecto liberal del régimen. Tan sólo en el último cuarto del siglo XX una serie de estudios más rigurosos incidieron en aspectos tales como las ventajas que el sistema canovista aportó a la sociedad española, finiquitando cuarenta años de guerras civiles y permitiendo una estabilidad política que se prolongó durante medio siglo. El reciente estudio de Javier Moreno Luzón viene a sumarse a esa serie de monografías.

Una lectura del título puede llevar erróneamente a considerar que la calificación de «*rey patriota*» tiene como objetivo contraponerla a la de «*rey perjuro*», adjetivación ésta que dio título a un ensayo biográfico de Rafael Borrás Betriu. Sería un error, pues mientras Borrás efectuaba un análisis biográfico completo, Moreno Luzón se centra en el reinado personal de Alfonso XIII, incidiendo tanto en los esfuerzos del rey por robustecer el sentimiento nacional como su implicación en actividades tendentes a dicho objetivo. De ahí que, lógicamente, no se detenga en hechos relativos a la esfera personal, aunque se aluda fugazmente a ellos en algún momento puntual.

II

El título del capítulo segundo sintetiza de forma magistral la posición constitucional del rey en el sistema canovista: «*algo más que un árbitro*». Aun cuando a principios del siglo XIX Benjamín Constant se refirió al rey como «*poder moderador*», la constitución de 1876, asumiendo los postulados de la «*constitución histórica*», hacía del monarca no un órgano constituido, sino en titular de la soberanía junto con las Cortes. El poder ejecutivo se residenciaba exclusivamente en el monarca, sin que estuviese prevista constitucionalmente la existencia del gobierno o el primer ministro. Con ello, no reducía su papel a ser una de las «*partes imponentes*» (expresión del británico Walter Bagehot) a semejanza de la Cámara de los Lores y la Corona en el sistema inglés, sino que era un órgano activo. No obstante, como bien indica Moreno Luzón, el rey no ejerció ese papel de forma arbitraria, pues «*siempre encontraba motivos que sustentaran sus decisiones, como la excepcionalidad de las circunstancias o el grado de cohesión de las mayorías*.» Tras la desaparición de Cánovas y Sagasta y, sobre todo, tras la liquidación de sus sucesores, Antonio Maura y José Canalejas, los dos grandes partidos vieron quebrarse su unidad: los conservadores entre los «*idóneos*» de Dato y los mauristas; los liberales entre el conde de Romanones, Santiago Alba y Manuel García Prieto. No obstante, se da una curiosísima paradoja que se destaca en la página 217 del libro: «*si Maura predicaba la*

democracia conservadora sin abrir las puertas a una competición limpia en las urnas, sus contrincantes agitaban a la opinión, no para ganar elecciones desde fuera del Gobierno, sino para exigir el poder a la Corona.»

Precisamente ese rol que, dentro de la estricta ortodoxia de la monarquía constitucional, tenía Alfonso XIII le permitió asumir funciones, realizar actividades y fomentar iniciativas tendentes a robustecer los símbolos e identidades de la nación. Son precisamente estas actuaciones las que constituyen el núcleo esencial del estudio debido a Moreno Luzón.

III

En un magnífico ensayo histórico publicado en 2005, Santiago Muñoz Machado sostenía que la debilidad del estado español radicó en que, pese al intento de uniformismo jurídico impuesto a principios del siglo XVIII y el centralismo político-administrativo que predominó en el siglo XIX, la falta de la penetración de las políticas públicas en los territorios impidió la forja de una unidad política real. También, pese a contar con jalones históricos que podían robustecer el sentimiento nacional se descuidó tal aspecto, así como la formación educativa a modo de fermento del nacionalismo central. A diferencia de lo ocurrido en Francia, los movimientos foralistas retrasaron la codificación civil hasta 1889, y la educación se dejó en manos de los ayuntamientos, cuyas finanzas no permitían asumir la tarea de forma adecuada. La aparición de un movimiento reivindicativo catalán en la primera mitad del siglo XIX y el surgimiento, a finales de dicha centuria, de un movimiento nacionalista vasco pusieron en jaque al sistema, sobre todo cuando cuajaron en sus respectivos territorios ya en pleno siglo XX.

Alfonso XIII intentó ser un monarca regeneracionista y modernizar el país alzándolo desde su secular retraso, inculcándole un fuerte sentimiento de españolidad. Para ello, utilizó el prestigio de la corona en una doble dirección. Por un lado, liderando el esfuerzo inversor, implicando su propio caudal privado para fomentar iniciativas, aspecto éste objeto de un clásico estudio de Guillermo Gortázar que, dicho sea de paso, refuta las imputaciones dirigidas al monarca atribuyéndole abusos para enriquecerse personalmente. Por otra parte, sirviéndose de la pompa, circunstancia y ceremonial que rodeaban la monarquía para utilizarlos en acontecimientos, efemérides, visitas y desplazamientos tanto nacionales como internacionales, para incrementar el sentimiento nacional como aglutinante. Nada ilustra mejor los objetivos de Alfonso XIII que una frase obrante en la página 299: «*Ni separatismos ni revolución: una nación cohesionada, orgullosa de su pasado y capitaneada por su rey.*»

Circunstancias tanto internas como externas dificultaron la tarea. En primer lugar, la descomposición de los grandes partidos dinásticos, forzando al rey a ejercer más de lo aconsejable un papel activo en la política nacional. En segundo lugar, el impacto de la revolución soviética de 1917, las secuelas de la Gran Guerra y aparición de los grandes movimientos totalitarios (soviético, fascista y nacional-socialista) y la crisis de la democracia liberal, que en España tuvo su punto álgido en 1917 por la conjunción de la triple crisis militar, política y social (recientemente objeto de un magno de Roberto Villa) donde Alfonso XIII planteó abiertamente su abdicación en caso de no lograr la formación de un gobierno que diese salida a la crisis, y que marca la línea divisoria del reinado. La aventura colonial africana, que debiera haber servido como acicate del nacionalismo español, terminó pasando factura al soberano tras el desastre de Annual pues, como acertadamente indica Moreno Luzón, «*si el patriotismo cundía en casi todo el arco político y en buena parte de la sociedad, lo ocurrido en África deterioraba, sin duda, la imagen del monarca.*» La estrecha vinculación del rey con el estamento militar, que desbordaba la imagen del «*rey soldado*», tras el desastre militar de 1921 fue esgrimida para abatir el sistema, pues el Partido Socialista utilizó la tragedia de Annual para culpabilizar al rey, e incluso Unamuno llegó a difundir el texto de un presunto telegrama y de varios mensajes de Alfonso XIII a Silvestre que, como bien indica Moreno Luzón: «*ni este ni otros mensajes, si alguna vez han existido, llegaron a encontrarse.*»

IV

En la primera página del diario *El Sol* (autodescrito como «*diario independiente*») del viernes 20 de febrero de 1920, para describir la «*situación político-militar*» apareció un artículo titulado *La hora de Hércules*, redactado por José Ortega y Gasset. Tras ofrecer un apretado resumen de la situación, tras constatar la ausencia de un poder civil robusto, afirmó que: «*los ciudadanos tienen que optar entre un Gobierno responsable de militares o un Gobierno irresponsable de los mismos.*» Aparentemente, Ortega solicitaba al rey que encomendase la jefatura de gobierno a un militar; no obstante, la frase con la que se finalizaba el artículo parecía apuntar más bien a la aspiración regeneracionista del «*cirujano de hierro*». No era de extrañar, por tanto, que tras Annual, los ojos se volviesen a los militares.

A la hora de abordar el camino a la dictadura, Moreno Luzón intercala un par de capítulos («*Contra el Parlamento*» y «*Campeón de la nueva cruzada*») donde abandona brevemente la línea central del ensayo para adentrarse en el espinoso tema de la crisis del sistema canovista y la posición de Alfonso XIII en relación al golpe de Primo de Rivera. Es incuestionable que Alfonso XIII

no opuso resistencia al pronunciamiento, pero no es menos cierto que, como diagnosticó certeramente Ortega, no existían en la política civil fuerzas capaces de poner coto a la preponderancia militar de tal forma que, salvo los anarquistas y los comunistas (fuerza esta última casi anecdótica en esos momentos) el grueso de la población mostró su satisfacción con el golpe o bien optó por una silenciosa aceptación, como ocurrió, por ejemplo, en el caso del Partido Socialista Obrero Español, que incluso terminó colaborando de forma activa con la dictadura. Es cierto que, pese a los iniciales momentos de estupor, el monarca aceptó la situación, pero no es menos cierto que, como se indica en la obra, la decisión de Alfonso XIII estuvo presidida no por motivos egoístas o inclinaciones personales, sino por entender que la situación requería medidas de urgencia. Además, a diferencia de lo acaecido en el siglo XIX, donde los militares se pronunciaban en su condición de líderes o cabezas de partido, en 1923 el ejército se pronunció como institución frente a lo que Ortega había denominado «*vieja política*». Es más, el propio filósofo, en un artículo publicado el 27 de noviembre de 1923 titulado *Sobre la vieja política*, aun cuando expresaba ya ciertas reservas, reconocía tanto la aceptación popular del Directorio encabezado por el marqués de Estella como los fracasos y carencias de la sociedad civil para hacer evolucionar el sistema canovista.

Moreno Luzón retoma la línea central del ensayo para incidir en las políticas nacionalizadoras emprendidas en el periodo 1923-1929, entre las que destacan la identificación de monarquía con nación, el reforzamiento de los vínculos entre corona y religión católica, el fomento de la imagen de España, fundamentalmente a través de las exposiciones de Sevilla y Barcelona. No obstante, los innegables logros de la dictadura en aspectos militares, económicos y de orden público, quedó sin resolver el problema esencial: regresar al sistema de 1876 o evolucionar hacia otro nuevo. Primo de Rivera intentó lo segundo, pero sin contar con los apoyos necesarios, ni tan siquiera con el sustento pleno de la Corona. De ahí que, paradójicamente, la dictadura terminase minando apoyos a la monarquía, sobre todo entre los partidos dinásticos. Como resultado, Primo de Rivera hubo de dimitir el 30 de enero de 1930 y un año después, el 14 de abril de 1931, sería el propio rey quien hubiera de exiliarse.

V

La figura de Alfonso XIII continúa despertando los sentimientos más diversos, pero, como siempre ocurre, no todo es blanco o negro. El estudio de Moreno Luzón permite acreditar cómo el monarca, desde su posición constitucional, intentó ser la palanca del regeneracionismo y de las políticas tendentes a robustecer el sentimiento nacional.

Moreno Luzón concluye su obra afirmando que Alfonso XIII fue, «*sin duda, un rey español y, a su manera, un patriota*» pero que «*no consiguió ser el rey de todos los españoles*». Palabras que recuerdan las que en 1974 escribiera Ricardo de la Cierva en su *Historia básica de la España actual* para valorar dicho reinado.